

**DOS BALNEARIOS ATLÁNTICOS  
ENTRE EL FIN DE SIGLO Y LA CRISIS DEL TREINTA,  
SAN SEBASTIÁN Y MAR DEL PLATA.  
UN EJERCICIO COMPARATIVO\***

---

TWO ATLANTIC SEASIDE RESORTS BETWEEN  
THE END OF THE CENTURY AND THE CRISIS  
OF THE THIRTIES, SAN SEBASTIÁN  
AND MAR DEL PLATA. A COMPARATIVE EXERCISE

Carlos Larrinaga  
Universidad de Granada

Elisa Pastoriza  
Universidad de Mar del Plata

*Entregado el 10-11-2009 y aceptado el 19-1-2010*

**Resumen:** Desde la perspectiva de la historia social, en un ejercicio metodológico comparativo, el artículo analiza la trayectoria de los centros balnearios ubicados a ambos lados del Atlántico, San Sebastián en Europa y Mar del Plata en América. Dos modelos tardíos en relación al caso británico, pero que llegaron a convertirse en los destinos balnearios de distinción más importantes de sus respectivos países, entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX. En ese sentido se analizan cuestiones asociadas a sus diferentes orígenes, la función turística, el impacto del paradigma higienista, como también los vínculos establecidos entre ambos balnearios mediante inmigrantes vascos asentados en la

---

\* La primera versión de este trabajo fue defendida en IV Congreso Internacional Hispano-mexicano, celebrado en Bilbao en septiembre de 2009. Entre los comentarios que allí se hicieron, agradecemos los de los profesores John K. Walton, organizador de la sesión «Las ciudades de playa, balneario y turismo», Manuel González Portilla y Luis Castells. Nuestro agradecimiento igualmente a los dos evaluadores anónimos por sus apreciaciones.

ciudad austral. Asimismo, se indaga en sus diferentes destinos. San Sebastián, asociada las playas de distinción del norte de Francia, y Mar del Plata, al escenario del turismo social argentino.

**Palabras clave:** Historia social, balnearios, comparación, turismo, sociabilidad de elites, higienismo.

---

**Abstract:** From the perspective of social history in a comparative methodology exercise, this article discusses career centres spas located on both sides of the Atlantic, San Sebastián in Europe and Mar del Plata in America. Two late models in the British case, but came to become the most important distinction bathing destinations in their respective countries, between late 19th century and the first decades of the 20th. Such analyses issues associated with their different origins, the tourist function, the impact of the hygiene, paradigm as also the links established between both spas by Basque immigrants settled in the southern city. It also explores in different destinations. San Sebastián, associated the beaches of Northern France, and Mar del Plata distinction to the Argentine social tourism stage.

**Key words:** Social history, seaside resorts, comparison, tourism, sociability of elites, higienism.

## Introducción

Fue en Gran Bretaña donde surgió la práctica del baño de ola, en un contexto caracterizado por una nueva actitud respecto de la Naturaleza. Una actitud que incluyó asimismo un posicionamiento muy distinto al que hasta finales del siglo XVII y primeras décadas del XVIII se había tenido en relación al mar. Las aguas marinas, al igual de lo sucedido con las termales, fueron objeto de estudio durante el siglo XVIII. En efecto, los médicos enseguida creyeron descubrir las propiedades salutíferas de ambos tipos de aguas, por lo que muy pronto surgió un modelo turístico caracterizado por la puesta en valor de las aguas frías. Este fenómeno, que tuvo como punto de partida las playas británicas, se extendió progresivamente por todo el Atlántico, no sólo en su fachada europea, sino también americana. De ahí que en este trabajo pretendamos analizar comparativamente dos localidades balnearias, dos escenarios de carácter hispano, ubicadas a ambos lados del Atlántico, San Sebastián en Europa y Mar del Plata en América. Dos modelos tardíos en relación al caso británico, pero que llegaron a convertirse en los destinos balnearios de distinción más importantes de sus respectivos países, España y Argentina, durante los años objeto de estudio<sup>2</sup>.

A este respecto, conviene señalar que el estudio sistemático y comparativo, tanto de las semejanzas como de las diferencias, permite advertir ciertos rasgos de las sociedades en cuestión que de otra manera pueden pasar por alto, como también advertir de ciertas ausencias significativas. En ese sentido, los estudios comparativos también ayudan a visualizar lo que está oculto. Estas premisas guían la elaboración del presente estudio<sup>3</sup>.

Bajo esta perspectiva, pues, San Sebastián y Mar del Plata presentan diferencias y algunas similitudes. Si bien ambas localidades recorren historias y destinos diferentes, hubo una etapa, entre las postrimerías del siglo XIX y los años treinta del XX, cuyas trayectorias se cruzan y entrelazan. Configurados productos turísticos de fuerte impacto cultural de las elites,

---

<sup>2</sup> Desde una óptica centrada en la vida social, véase el estudio comparativo de John Walton, «Seaside resorts and cultural innovation: San Sebastián and Mar del Plata, c. 1900-1930», workshop «Urban Living in the 20th Century», Centre for Urban Culture, University of Nottingham, May 2000, <http://www.nottingham.ac.uk/hrc>

<sup>3</sup> Entre otros, véanse Marc Bloch, *Introducción a la Historia*, FCE-Breviarios, México, 1995, y *Los reyes taumaturgos*, FCE, México, 1982, y Peter Burke, *Venecia y Ámsterdam. Estudio sobre las élites del siglo XVII*, Gedisa, Barcelona, 1996.

San Sebastián intentó sumarse a la lista de balnearios internacionales europeos y Mar del Plata procuró lograr la talla de playa más importante de América del Sur, además del lugar elegido por los turistas de Buenos Aires y de las provincias argentinas. Se presentan entonces similitudes considerables que tienen que ver con la creación de la infraestructura turística —hoteles, vías de comunicación, etc.— y de la invención de centros de una densa sociabilidad, recurriendo a ese enfoque sistémico planteado por Chadefaud y que más adelante desarrollaremos brevemente.

En las páginas siguientes nos explayaremos en estas cuestiones y problemáticas, procurando desentrañar los puntos de encuentro y desencuentro, las influencias del higienismo —o no— sobre ambos balnearios, así como también las relaciones entre sus gestores —teniendo en cuenta la importante inmigración vasca en la Argentina— y, finalmente, sus diferentes destinos como centros balnearios.

### 1. *Antecedentes y complejidades en la conformación de las ciudades balnearias*

Ha sido el profesor Alain Corbin quien ha llamado la atención sobre la invención de la playa y la conquista de ese territorio del vacío que constituía el litoral ya para el siglo XVIII. A este respecto, no hay que olvidar que la literatura anterior a esa centuria solía presentar el mar como un lugar enigmático por excelencia, de manera que durante mucho tiempo se había mantenido una imagen de miedo y repulsión. Al fin y al cabo, lo normal es que a las playas llegasen todo tipo de desechos, restos de algún navío naufragado, etc. Asimismo, el mar se identificaba con lo desconocido y lo peligroso. Sólo desde finales del siglo XVII y primeras décadas del XVIII esta imagen empezó a cambiar. La expansión de la denominada teología natural en Francia y físico-teología en Inglaterra fue la causante de ello, al considerar que la belleza de la naturaleza era la forma más adecuada de demostrar el poder y la bondad del Creador. Se descubrió entonces el placer, hasta la fecha desconocido, de un entorno convertido en espectáculo, lo que, a la postre, implicó un cambio de actitud respecto del océano y del agua marina<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Alain Corbin, *El territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa (1750-1840)*, Mondadori, Barcelona, 1993.

En realidad, Henry Manship señalaba en 1854 que para una fecha tan temprana como 1619 los médicos de Cambridge enviaban a sus pacientes a Great Yarmouth para tomar el aire del mar. Por su parte, en Scarborough empezó a beberse el agua del mar como remedio complementario del agua mineral. Más aún, hacia 1660 el Dr. Robert Wittie promovía ya los baños fríos. Para finales de ese siglo, en 1696, Sir John Colbatch insistió en la utilización del agua salina y en los baños de vapor. Ya a principios del siglo XVIII Sir John Floyer se convirtió en el principal adalid del baño de agua fría<sup>5</sup>. Sin duda, todos estos testimonios son una clara prueba de los cambios que se estaban produciendo respecto a la visión y concepción del mar. Hasta tal punto que, a partir de ese momento, los escritos sobre el poder salutífero de las aguas comenzaron a multiplicarse. Así, a la conocida obra del Dr. Richard Russell (1750) siguieron otras muchas ensalzando las virtudes de unas aguas que se pretendían curativas. De ahí que, tal y como ha señalado el profesor Walton, las vacaciones a la orilla del mar son una invención inglesa del siglo XVIII que terminaría por llegar a ser una norma cultural<sup>6</sup>.

Tan posiblemente curativas como las aguas termales, a las cuales ya desde la Antigüedad se les había atribuido determinadas propiedades beneficiosas para la salud. Si bien fue en el siglo XVIII cuando la curación por medio de las aguas minerales empezó a estudiarse de forma científica como una rama más de la medicina. No hay que olvidar, en este sentido, que, dentro de esos postulados racionalistas que caracterizaron a la Ilustración, cada vez más intelectuales y médicos se sintieron más atraídos por las ciencias útiles que por las meras especulaciones. Por eso, dentro del desarrollo de la medicina la hidroterapia fue cobrando cada vez más peso. A ello habría que añadir, no cabe duda, ciertos progresos que se produjeron asimismo en el campo de la química, incidiendo especialmente en todo lo que tuvo que ver con los análisis de las aguas y las nuevas valoraciones de las mismas. De forma que si en primer lugar estas propiedades salutíferas atribuidas a las aguas termales desde antaño parecieron con-

---

<sup>5</sup> Allan Brodie & Gary Winter, «Les premières stations balnéaires anglaises», en Yves Perret-Gentil; Alain Lottin et Jean-Pierre Poussou (dir.), *Les villes balnéaires d'Europe occidentale du xviii siècle à nos jours*, PUPS, Paris, 2008, p. 37.

<sup>6</sup> John K. Walton, «Consuming the Beach. Seaside Resorts and Culture of Tourism in England and Spain from the 1840s to the 1930s», in Shelley Baranowski y Ellen Furlough (eds.), *Being Elsewhere. Tourism, Consumer Culture, and Identity in Modern Europe and North America*, The University of Michigan Press, 2001, p. 272.

firmarse en el siglo XVIII, semejantes consideraciones no tardarían en extenderse también a las aguas marinas. Unas y otras poseían determinadas propiedades para el restablecimiento de la salud quebrada<sup>7</sup>.

Pero en el siglo XVIII no sólo se produjo esta revalorización de las aguas. A finales de esa centuria diferentes médicos empezaron a insistir en esa corriente de pensamiento que se dio en llamar higienismo, consistente, fundamentalmente, en otorgar una gran influencia e importancia al entorno social y ambiental en la génesis y evolución de las enfermedades. Denunciaban la falta de salubridad de las ciudades, en especial las más industrializadas, o las pésimas condiciones de vida de los obreros fabriles como consecuencia de la Revolución Industrial. De manera que si la falta de servicios urbanos había sido una constante en las ciudades, con el aumento de la urbanización ligado al proceso de industrialización, semejantes carencias se vieron aún más acentuadas. A ello habría que añadir el hacinamiento, la suciedad o la falta de ventilación de muchas viviendas. Por eso, viendo los resultados que esto provocó en la propia tasa de mortalidad de los sectores sociales más desfavorecidos, en el ámbito de la medicina los higienistas se ocuparon del medio natural y de su posible conexión con los problemas patológicos del individuo<sup>8</sup>.

De acuerdo con este contexto y como últimamente ha señalado Peter Borsay, fue en la década de 1660 cuando en Gran Bretaña empezaron a proliferar las ciudades termales, muchas de las cuales eran minúsculas, siendo a partir de mediados del siglo XVIII cuando se afianzó un fenómeno completamente nuevo, las ciudades balnearias al borde del mar<sup>9</sup>. De hecho, no podemos obviar la estrecha relación existente entre el fenómeno del termalismo y el de los baños de ola, pudiendo incluso considerar a aquellos como un claro antecedente de estos. El caso de Scarborough sería especialmente significativo, ya que, siendo una renombrada estación

---

<sup>7</sup> Jerónimo Bouza, «La difusión de la innovación científica y el desarrollo de la balneoterapia: la incorporación de los procesos de la química», *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, n.º 69 (39), 1-8-2000 (<http://www.ub.es/geocrit/sn-50.htm>).

<sup>8</sup> Para el caso español, véase Rafael Alcaide, «La introducción y el desarrollo del higienismo en España durante el siglo XIX. Precursores, continuadores y marco legal de un proyecto científico y social», *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, n.º 50, 15-10-1999 (<http://www.ub.es/geocrit/sn-50.htm>).

<sup>9</sup> Peter Borsay, «Le développement des villes balnéaires dans l'Angleterre géorgienne», en Yves Perret-Gentil; Alain Lottin et Jean-Pierre Poussou (dir.), *Les villes balnéaires d'Europe occidentale du XVIII<sup>e</sup> siècle à nos jours*, PUPS, Paris, 2008, pp. 13-14.

termal del condado de Yorkshire, entre las décadas de 1730 y 1740 comenzaron a difundirse en ella los tratamientos por baños de mar, lo mismo que en otras localidades inglesas del sureste como Brighton y Margate o la meridional Weymouth<sup>10</sup>. Estaríamos hablando, pues, de centros más o menos cercanos a Londres y a Bath. Por supuesto, el fenómeno iría a más a lo largo del siglo XVIII y no digamos nada en el siglo XIX, con la difusión del ferrocarril. De hecho, el XVIII ha sido considerado por Marc Boyer no sólo como el siglo de la Revolución Industrial, sino también como el siglo de la Revolución Turística, referida fundamentalmente a la ciudad termal de Bath<sup>11</sup>, aunque dicha revolución no tardaría en trasladarse a la costa, como ya se ha señalado. Al mismo tiempo, y apelando nuevamente al higienismo, no debemos olvidar la preocupación por la salud por parte de las capas sociales más pudientes, hasta tal punto que, como ha apuntado Peter Borsay, la salud pasó a formar parte de esa Revolución del Consumo que conoció esta época y que tan bien ha sido estudiada<sup>12</sup>. Ahora bien, esta puesta en valor de las aguas frías del Atlántico no se circunscribió sólo a Gran Bretaña. Al contrario, se fue extendiendo por todos los países ribereños de dicho océano, en una cronología que, sintéticamente, podríamos resumir en primero al norte de Francia, luego a Bélgica y más tarde a Holanda y Alemania<sup>13</sup>.

El lugar y peso del higienismo en ambos balnearios presentó diferentes perfiles. En San Sebastián el higienismo tuvo un peso determinante y así se deduce de los testimonios de los primeros visitantes a la playa de La Concha, de suerte que esta estación balnearia debe ser contemplada en ese contexto de la expansión del pensamiento higienista durante la segunda mitad del siglo XVIII y buena parte del XIX. De hecho, la presencia de la reina Isabel II, como más adelante se señalará, respondió a esta pree-

---

<sup>10</sup> P. Borsay, *op. cit.*, p. 14.

<sup>11</sup> Marc Boyer, «El turismo en Europa, de la Edad Moderna al siglo XX», *Historia Contemporánea*, n.º 25, 2002, p. 18.

<sup>12</sup> P. Borsay, *op. cit.*, p. 17. Sobre la Revolución del Consumo, véase la conocida obra de Neil McKendrick; John Brewer & John H. Plumb, *The Birth of a Consumer Society: The Commercialization of Eighteenth-Century Britain*, Oxford University Press, Oxford, 1984 o más recientemente Maxine Berg, *Luxury and Pleasure in Eighteenth-Century Britain*, Oxford University Press, Oxford, 2005.

<sup>13</sup> John K. Walton & Jenny Smith, «The first century of beach tourism in Spain: San Sebastián and the *Playas del Norte* from the 1830s to the 1930s», in M. Barke; J. Towner & M.T. Newton (eds.), *Tourism in Spain. Critical Issues*, CAB International, Oxon (U.K.), 1996, p. 36.

minencia higienista. Para el caso de la ciudad turística austral, si bien las cuestiones asociadas a la salud y la mejora de los estilos de vida estuvieron presentes en los discursos y en el ejercicio tanto estatal como de la sociedad civil, rápidamente perdió visibilidad ante un centro de densa sociabilidad. Esto tuvo que ver con temporalidades más estrechas, la velocidad con que se produjeron los sucesos y el momento en que surgió Mar del Plata. No obstante lo cual, tanto las elites como las dirigencias políticas acompañaron sus acciones para la configuración del balneario con discursos y hechos de corte higienista. La poderosa Sociedad de Beneficencia de la Argentina, liderada por las damas de la alta sociedad, sería una muestra evidente de estas manifestaciones.

Por lo demás, no hace mucho, a la pregunta de cómo salir de la complejidad del turismo, del análisis de sus efectos, sin buscar sus causas, Marc Boyer contestaba que no tomando al turismo como una cifra, sino como una adquisición cultural, siguiendo el proceso de las invenciones de distinción que crean prácticas, comportamientos y lugares de turismo, provocando al mismo tiempo una difusión por imitación. De ahí que fueran primero los guardianes de la cultura o «gate-keepers» quienes inventaran, para que después los «stars» (los «grandes» de este mundo, las capas privilegiadas de la sociedad) consagraran. Ahora bien, el exceso de éxito podría perjudicar a la distinción del lugar o a la práctica, produciéndose entonces nuevas distinciones<sup>14</sup>. En efecto, la popularización de un destino turístico mediante un proceso de capilarización social puede poner en tela de juicio la excelencia de un destino, poniendo fin a su distinción. Algo que pasó con Mar del Plata con las políticas sociales puestas en marcha por Perón en Argentina, pero no así en San Sebastián, que, como las localidades francesas de Cannes o Deauville, ha conseguido conservar prácticamente hasta nuestros días el aura de sus orígenes<sup>15</sup>.

Ahora bien, así como la definición de los «stars» parece bastante clara, ya que hace referencia a la cúspide de la pirámide social, pudiendo hablar de la realeza, la nobleza o la muy alta burguesía, la de los «gate-keepers» no parece tan clara. Los «stars» en el caso de una de las primeras playas británicas, Weymouth, serían los miembros de la propia familia real. Así, en 1758 el Duque de Cork, hermano del futuro rey Jorge III, visitaba su extensa playa para tomar los baños. Unos años más tarde, en

---

<sup>14</sup> M. Boyer, *op. cit.*, p. 15.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 15.



1780, el príncipe Guillermo Enrique, el hermano más joven del propio Jorge III, mandó construir una residencia que se convirtió en el palacio de verano del monarca entre 1789 y 1805<sup>16</sup>. En Brighton, por su parte, llamada a convertirse en la capital del veraneo inglés y, al principio, la gran competidora de Weymouth, sobresale la presencia en 1783 del príncipe de Gales, futuro rey Jorge IV (1820-1830), invitado por su tío, el Duque de Cumberland. Tal debió satisfacerle la visita que desde entonces escogió Brighton como lugar de veraneo. Es más, allí se hizo construir su famoso Royal Pavilion de inspiración oriental. Su presencia sirvió para consagrar a Brighton y situarla en la cima de las ciudades balneario inglesas<sup>17</sup>. En San Sebastián, el proceso sería parecido, aunque con un cierto retraso. Así, el infante Don Francisco de Paula Antonio, hermano de Fernando VII, tomó los baños en La Concha primero en 1830 y luego en 1833. Unos años más tarde, en 1845, la misma Isabel II visitó San Sebastián afectada por un problema de piel. A partir de ese momento diferentes miembros de la realeza se acercarían a esta localidad a tomar los baños. Incluso, la reina María Cristina, asidua veraneante desde 1887, decidió construir su propio palacio en la bahía de La Concha<sup>18</sup>. Evidentemente, en el caso de Mar del Plata, los «stars» fueron las capas más pudientes de la sociedad argentina.

Pero, como se ha dicho, más difícil resulta la definición de los «gate-keepers», la de esos guardianes de la cultura o descubridores. En el caso de los médicos, con la confección de sus topografías médicas, parece bastante claro. Al insistir en la bondad de determinados lugares, de sus brisas y de sus aguas, parecían influir positivamente en este limitado sector de la sociedad que Marc Boyer ha denominado los «stars». Sin embargo, la consideración de los artistas, en especial los pintores, o escritores como descubridores de un lugar ha sido recientemente puesta en entredicho por Johan Vincent, ya que, en su opinión, la motivación que puede tener un pintor o un escritor es distinta a la de un turista. Hasta tal punto, insiste, que la fuerza publicitaria de sus producciones no parece

---

<sup>16</sup> Maureen Boddy and Jack West, *Weymouth: An Illustrated History*, Dovecote Press, Wimborne (Dorset), 1983.

<sup>17</sup> Sue Farrant, «London by the Sea: Resort Development on the South Coast of England, 1880-1939», *Journal of Contemporary History*, 22-1.

<sup>18</sup> Carlos Larrinaga, *Actividad económica y cambio estructural en San Sebastián durante la Restauración, 1875-1914*, Instituto Dr. Camino de Historia donostiarra, San Sebastián, pp. 505-510.

suficiente para animar un movimiento migratorio importante. En realidad, según él, los artistas acompañan el movimiento, pero no lo guían. Por eso, el nacimiento de un sitio balneario se debe, al fin y al cabo, a la conjunción de dos movimientos, a saber: la curiosidad del turista, que parte de un sitio conocido y urbanizado y coloniza las playas vecinas; y la actitud de la población local, que no debe ser hostil hacia los turistas<sup>19</sup>. En nuestra opinión, ambos planteamientos no son incompatibles, en el sentido de que tal vez su poder de influencia fuera más limitado del que se ha creído tradicionalmente, pero cabe pensar que, en un momento en que las técnicas publicitarias eran mucho más limitadas que en hoy en día, la publicación de determinadas estampas o grabados o de ciertos escritos o artículos pudo haber influido en la propaganda de un determinado lugar. De hecho, otros autores han señalado que el papel de los pintores y escritores no fue tanto el de descubridores, sino el de hacedores de un imaginario, de una representación de esos lugares que, junto a otros factores, modificó la percepción y los gustos respecto al mar y a las riberas. Por tanto, sí es posible que tuviesen un rol muy importante a la hora de inventar un imaginario (playa, arena, sol o cielo azul, tal como revelan sus pinturas)<sup>20</sup>. En este sentido, son abundantes los artículos de prensa referidos a San Sebastián o a Mar del Plata cantando las excelencias de su paisaje, aguas y brisas. Por su parte, en el caso marplatense, Pedro Luro y su entorno, a los que más adelante nos referiremos, parecen haber jugado ambos papeles. Por un lado, el de «gate-keeper», al ver las potencialidades de la zona para su uso turístico, a la manera de los modelos que ya conocía de Biarritz y San Sebastián; por otro, el de «star», habida cuenta su alta posición social.

Dicho esto, nos interesa señalar asimismo cómo se construye un producto turístico, es decir, cómo San Sebastián o Mar del Plata devienen destinos turísticos. Para explicar este proceso conviene echar mano del planteamiento que en su día hizo Michel Chadeffaud a la hora de analizar

---

<sup>19</sup> Johan Vincent, «La naissance du phénomène balnéaire et de ses stratégies en Bretagne-Sud et en Vendée», en Yves Perret-Gentil; Alain Lottin et Jean-Pierre Poussou (dir.), *Les villes balnéaires d'Europe occidentale du XVIII<sup>e</sup> siècle à nos jours*, PUPS, Paris, 2008, pp. 115-117 y 123.

<sup>20</sup> A este respecto, véanse Jean-Didier Urbain, *Sur la plage. Mœurs et coutumes balnéaires*, Payot et Rivages, Paris, 1994, y André Rauch, *Vacances en France, de 1830 à nos jours*, Hachette, Paris, 1996. Para Mar del Plata, véase Graciela Zuppa (ed.), *Prácticas de sociabilidad en un escenario argentino. Mar del Plata*, Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, 2004.

el caso francés de los países del Adour<sup>21</sup>. Aunque la terminología pudiera resultar un tanto anticuada en algunos casos, sin embargo, pensamos que su modelo de análisis sigue siendo válido. Así, según él, en las sociedades industriales se da una división entre «grupos sociales de clases dominantes» y «grupos sociales de clases dominadas», de manera que las principales ideas y creencias de dichas sociedades emanan del grupo social de las clases que controlan los poderes económicos, religiosos, jurídicos, etc. Se trataría, en definitiva, de una «ideología dominante» que impregna las actividades y los comportamientos tanto en período laboral como no. Por consiguiente, actividades como el termalismo, el baño de ola, el ponerse moreno, etc. han sido articuladas por estas clases dominantes. Pero esa demanda social compuesta de necesidades en las que lo objetivo y lo subjetivo se entremezclan se canaliza por percepciones hechas a base de imágenes, de discursos, etc., en definitiva, de «representaciones».

Representaciones que, en el caso de perdurar, pueden adquirir el poder de un mito que sirve de referencia o de modelo para las clases dominadas. Un mito no en el sentido de una creencia basada en la ignorancia o la credulidad, sino del mito como lenguaje, como palabra, como sistema de comunicación o mensaje. De suerte que, en la medida en que su uso social no es contestado o reemplazado por otro mito puesto de moda, aquél guardará vivamente las representaciones que alimentan una demanda social en aumento. Y de esta manera Chadeaufud llega al concepto de «producto», fácil de definir en el caso turístico puesto que estaría articulado sobre tres elementos, a saber: el alojamiento, el transporte y el ocio. Aunque en semejante planteamiento en seguida se nos suscita el saber cuáles son las relaciones existentes entre los dos términos del binomio mito-producto. Siguiendo su argumentación, en el surgimiento de tales productos Chadeaufud no atribuye a la estructura económica o más en concreto a la infraestructura un papel exclusivo o motor. Al contrario, recurre a la «estructura ideológica» o superestructura, ya que, señala, que los bienes «fabricados» no se convierten en «productos» si no se corres-

---

<sup>21</sup> Michel Chadeaufud, *Aux origines du tourisme dans les pays de l'Adour*, Université de Pau et des pays de l'Adour, Pau, pp. 16-21. Por supuesto, cabe advertir que, recurriendo a un enfoque sistémico, este autor no limitó su estudio a los enclaves balnearios concretos de Biarritz o San Juan de Luz, sino más bien a todo el departamento de los Pirineos Atlánticos, en el suroeste de Francia. Sin embargo, para este trabajo nos interesa únicamente la parte teórica referida a la construcción de un producto turístico por las posibilidades que presenta para los dos casos aquí estudiados.

ponden con deseos, con aspiraciones profundas; en definitiva, con una demanda social.

De ahí que los lazos de unión entre los «productos turísticos» y los «mitos» dibujen un vaivén, al igual que un razonamiento compuesto de interacciones. Por eso, plantea la hipótesis de que estos «mitos» hayan podido influenciar sobremanera tanto en la definición como en la elaboración concreta de los productos turísticos. Más aún, el impacto espacial de un producto da lugar a lo que él llama la «producción de espacio». Y al hablar de «espacio estereotipado» formula la hipótesis de que un espacio turístico, tomado en su acepción material o inmaterial, representa la proyección en el espacio y en el tiempo de los ideales, de los mitos de la sociedad global. En este sentido, un impulso de la función turística puede llevar a conceder una situación económica privilegiada a un determinado espacio. Aunque, a este esquema de hipótesis, Chadefaud incorpora la dimensión diacrónica, el tiempo, llegando a distinguir tres grandes momentos. Una primera fase de creación del producto, generándose una oferta inmaterial mediante representaciones mentales dirigida a una clientela potencial que impulsa la creación de una oferta material (alojamientos, equipamientos, etc.). Precisamente, el despegue de esta estructura potencial engendra una segunda fase de maduración del producto, caracterizada por la expansión y complejización del mismo. Se trataría de una etapa en la que las acumulaciones de las inversiones serían notables, aunque no es una fase completamente homogénea, ya que en ella se suceden momentos de crecimiento y de recesión. La tercera y última etapa sería la de obsolescencia del producto, generada por una inadecuación entre la oferta y la demanda, que provoca el desfase del producto y de su espacio material.

## 2. San Sebastián y Mar del Plata en la fachada atlántica

Ya se ha mencionado más arriba la conexión existente entre el turismo termal y el turismo de ola. A este respecto, cabe recordar que en las primeras décadas del siglo XIX San Sebastián era la ciudad más importante de la provincia de Guipúzcoa, una provincia especialmente rica en aguas termales. En efecto, en 1877 había registradas 1.865 fuentes minerales en la España peninsular, es decir, en unos 500.000 kilómetros cuadrados de superficie, lo que suponía una fuente por cada 262,36 km<sup>2</sup>. Pues bien, esta cifra se reducía a una fuente por 18,83 km<sup>2</sup>, convirtiéndola en la provin-

cia española con más fuentes minerales<sup>22</sup>. Con todo, el fenómeno del termalismo en Guipúzcoa es más tardío que en otras provincias españolas, por ejemplo, Guadalajara, con sus dos importantes centros termales de Sacedón y Trillo, frecuentados por miembros de la casa real ya en el siglo XVIII. Siendo verdad que las aguas minerales de Cestona eran conocidas para finales de esa centuria gracias a los estudios y análisis impulsados desde la Sociedad Bascongada de los Amigos del País, lo cierto es que la apertura de su balneario no se produjo hasta principios del siglo XIX. De manera que fue en esa centuria cuando fueron abriéndose sucesivamente los 11 centros termales con los que contó Guipúzcoa en el siglo XIX. Como bien sugirió José M.<sup>a</sup> Urquía en su momento, tal vez el hecho de que la huella romana primero y la influencia musulmana después apenas se dejaran sentir por estos pagos hizo que para que a estas aguas les fuera reconocidos sus valores terapéuticos tuviera que pasar mucho tiempo<sup>23</sup>. Por eso, hubo que esperar al siglo XIX para asistir a un auténtico auge de la balnearioterapia en Guipúzcoa, hecho que pudo deberse a tres factores fundamentales, a saber: 1) los avances que se dieron en la investigación química; 2) la falta de recursos curadores efectivos de ciertas dolencias, sobre todo, las crónicas; y 3) la moda impuesta por la aristocracia<sup>24</sup>.

Lógicamente, aquí no nos interesa profundizar en la cuestión del termalismo, sino poner en relación este fenómeno con el turismo de ola. Y para ello contamos con un testimonio fundamental para el caso guipuzcoano. Es el de Francisco de Paula Madrazo, quien en 1849 publicó su conocida obra *Una expedición á Guipúzcoa en el verano de 1848*. En ella nos da cuenta de los lugares guipuzcoanos que ya entonces empezaban a ser frecuentados, refiriéndose no sólo a establecimientos balnearios tales como Baños viejos de Arechavaleta, Santa Águeda de Mondragón o Cestona, sino también a las villas costeras de Deva y San Sebastián, relativamente cercanas de dichos centros termales. Con cierto retraso, eso sí, pero siguiendo el mismo modelo que se había producido en otras partes de Europa, en Guipúzcoa también es posible hablar de la conexión existente entre termalismo y turismo de ola, siendo, en este sentido, San Sebastián la

---

<sup>22</sup> Carlos Larrinaga, «Le tourisme thermal dans l'Espagne de la Restauration, 1875-1914», en Laurent Tissot (dir.), *Construction d'une industrie touristique, XIX-XXe siècles. Perspectives internationales*, Alphil, Neuchâtel (Suiza), 2003, p. 98.

<sup>23</sup> José M.<sup>a</sup> Urquía, *Historia de los balnearios guipuzcoanos*, Euskal Medikuntzaren Historia-Mintegia y Medikuntza Historiaren Euskal Elkarte, Bilbao.

<sup>24</sup> Ídem, «El agua como remedio», *Cuadernos de Sección. Ciencias Médicas*, n.º 2.

localidad que salió más beneficiada, aunque no la única, ya que el fenómeno se extendió por la denominadas playas del norte, afectando a localidades costeras guipuzcoanas, vizcaínas y cántabras, fundamentalmente<sup>25</sup>.

Pero si significativo es el testimonio de Madrazo, no lo son menos otros referidos a los años veinte y treinta del siglo XIX, ya que parecen apuntar al hecho de que San Sebastián se convirtiera ya para esas décadas en la estación de baños favorita de la sociedad madrileña<sup>26</sup>. Precisamente, Alain Corbin ha señalado que en el decenio 1820-1830 surgieron los primeros grandes balnearios de la Europa del Norte<sup>27</sup>. No obstante, y como ya se ha hecho referencia anteriormente, si atendemos a la cronología dada por Walton y Smith, sí parece un fenómeno bastante tardío respecto de otros países de la Europa occidental. Así, se podría hablar de casi un siglo de retraso con respecto de Inglaterra, de unos cincuenta años si lo comparamos con Boulogne, en Francia, y de algo menos en relación a Ostende, en Bélgica. No obstante, la diferencia sería menor con Holanda y Alemania<sup>28</sup>. Algo más tardía fue, sin embargo, la consolidación de los centros balnearios de la fachada atlántica meridional del continente americano, finales del siglo XIX para el caso de Mar del Plata en Argentina<sup>29</sup> y principios del XX para Montevideo y Rocha en Uruguay<sup>30</sup>.

Por otro lado, también puede resultar interesante el tratar de señalar la distinta realidad urbanística de San Sebastián y de Mar del Plata, estudio objeto de este trabajo. San Sebastián era ya una ciudad de cierta importancia a mediados del siglo XIX, no tanto por su población, que en 1868 apenas superaba los 16.000 habitantes, sino por su trayectoria comercial

<sup>25</sup> J.K. Walton & J. Smith, *op. cit.*

<sup>26</sup> Rafael Aguirre, *El turismo en el País Vasco. Vida e historia*, Txertoa, San Sebastián, pp. 88-89.

<sup>27</sup> A. Corbin, *op. cit.*, p. 342. Asimismo, véase Eugen Weber, *Francia, fin de siglo*, Debate, Madrid, 1989, en especial, el capítulo «Curistas y turistas», pp. 231-254.

<sup>28</sup> J.K. Walton & J. Smith, *op. cit.*, p. 36.

<sup>29</sup> Elisa Pastoriza, «Notas de sobre el veraneo marplatense en los albores del siglo: un «capítulo indeclinable» de la alta sociedad porteña», en Fernando Cacopardo (ed.), *Mar del Plata, ciudad e historia*, Alianza, Buenos Aires, 1997.

<sup>30</sup> Nelly da Cunha, «Gestión municipal y tiempo libre en Montevideo (1900-1940)», Elisa Pastoriza (ed.), *Las puertas al mar. Consumo, ocio y política en Mar del Plata, Montevideo y Viña del Mar*, Biblos y Universidad Nacional de Mar del Plata, Buenos Aires, 2002, y «La construction touristique de la côte uruguayenne. Entre le manque de vision à long terme et les tentatives de régulation de l'espace», en Laurent Tissot (dir.), *Construction d'une industrie touristique, XIX-XXe siècles. Perspectives internationales*, Alphil, Neuchâtel (Suiza), 2003.

desde la propia Edad Media, su posición estratégica militar (proximidad a la frontera militar), por ser cabeza de una de las primeras provincias en industrializarse en España, Guipúzcoa, y por su actividad portuaria. Por consiguiente, contaba con una vida económica propia antes de convertirse en capital turística de España ya en tiempos de la Restauración. De hecho, aunque no resulta fácil medir el impacto económico del turismo en esas décadas, no se puede olvidar que la afluencia de turistas a la ciudad se daba durante prácticamente tres meses al año nada más, lo que no parece que condicionara toda su vida económica, a pesar de ser un sector importante dentro de su estructura económica, evidentemente. La diversificación económica que experimentó San Sebastián en la segunda mitad del siglo XIX parece avalar esta afirmación<sup>31</sup>. En consecuencia, si damos por válida la distinción entre ciudad o villa balnearia y estación balnearia, refiriéndonos en el primer caso a localidades ya existentes desde tiempo atrás, con su propia vida económica y social, y en el segundo a localidades de nueva creación que se desarrollaron a partir de 1850<sup>32</sup>, en el caso de San Sebastián estaríamos ante un claro ejemplo de *ciudad balnearia*.

En cuanto a Mar del Plata, parece corresponderse más con la definición de *estación balnearia*. Concebida como puerto para facilitar el movimiento comercial de la producción agropecuaria de una alejada parte de la pampa bonaerense, la pequeña comarca rural fue modificando rápidamente su fisonomía original. Varias décadas antes, la zona fue objeto de una actividad económica tradicional, con la instalación de un saladero, en 1856, organizado por un consorcio portugués —cuyo representante local fue Coelho de Meyrelles— con el objeto de abastecer de carne salada a la mano de obra de las plantaciones de esclavos brasileñas. Junto al saladero, dicho consorcio construyó asimismo el primer muelle de hierro y adquirió una flotilla de barcos.

En 1860 Coelho de Meyrelles vendió el saladero y las estancias a Patricio Peralta Ramos, un hacendado que se instaló en la «Estancia Laguna de los Padres», ubicada en las tierras donde después se edificó Mar del Plata. Para fomentar la exportación de los productos, reconstruyó el pequeño muelle (1865) y en diez años de explotación fueron ya 20 los buques que transitaban por el puerto natural. En pocos años se comenzó a delinear el

---

<sup>31</sup> A este respecto, véase C. Larrinaga, *Actividad económica...*

<sup>32</sup> Frédéric Debussche, «Boulogne-sur-Mer, pionnière méconnue des villes balnéaires», en Yves Perret-Gentil; Alain Lottin et Jean-Pierre Poussou (dir.), *Les villes balnéaires d'Europe occidentale du XVIII<sup>e</sup> siècle à nos jours*, PUPS, Paris, 2008, pp. 63-64.

poblado semi-rural y, en paralelo a un proceso de evolución jurídico-administrativa, fue teniendo lugar el asentamiento «efectivo» de pobladores y la conformación del pequeño grupo urbano que constituyó más adelante el ejido de General Pueyrredón.

A pesar de la frustración con el mencionado emprendimiento saladeril (ya se estaba en vísperas de la aparición del frigorífico y el reemplazo de la exportación de carne salada por congelada y enfriada), la zona gozó de un creciente interés por la compra de tierras, lo que se reflejó en la instalación de numerosos propietarios ganaderos. Esta expansión de capital y trabajo, origen del asentamiento poblacional, constituyó el marco propicio para que, a finales de 1873, Patricio Peralta Ramos se dirige al gobierno provincial solicitando una licencia para la traza y formación de un pueblo. El proyecto concebía, además, la idea de asentar en el mismo a las autoridades locales, iniciativa que contó con el reconocimiento oficial, lo que acentuó el proceso de valorización de las tierras destinadas al ejido y de las propiedades rurales más cercanas.

La fundación del pueblo en 1874 y la puesta en marcha de nuevas actividades en el marco expansivo de la economía agropecuaria (cría de ovejas, siembra de trigo, edificación de molinos y muelles) otorgaron al lugar nuevos bríos que se tradujeron en un apreciable crecimiento del poblado<sup>33</sup>.

La llegada del ya mencionado Pedro Luro en 1877 otorgó un renovado impulso a la vida del lugar, al incorporar nuevas inversiones de capitales y una tecnología más moderna en las actividades económicas, trayendo consigo el aporte de mano de obra de numerosos inmigrantes vascos. Pedro Luro, nacido en Saint-Just-Ibarre (Baja Navarra, actual departamento de los Pirineos Atlánticos) llegó a Buenos Aires en 1837, con 17 años de edad. Sus cualidades y alcances lo convirtieron en un ejemplo paradigmático del inmigrante exitoso, que hizo fortuna por su esfuerzo y que en el lapso de una generación ganó un lugar dentro de la clase alta argentina. Cuando llegó a Mar del Plata ya tenía su carrera realizada. Había trabajado como peón en saladeros de Barracas, al sur de Buenos Aires, y más tarde, alrededor de 1850, se trasladó en búsqueda de oportunidades a la zona agropecuaria de Chascomús y Dolores. En este último poblado fue pulpero al frente de un almacén de ramos generales y comenzó la zaga

---

<sup>33</sup> VV.AA., *Mar del Plata, una historia urbana*, Fundación Boston, Buenos Aires, 1991, cap. 3.



que lo convirtió en un importante terrateniente. Tras arrendar tierras, logró hacerse con una estancia de 5.000 hectáreas en Dolores y ya nada frenó su ímpetu empresarial: comercio de cueros y lanas, producción de ganado, compra de tierras y muelles. Su itinerario se extendió a la sureña Bahía Blanca y hasta el río Colorado, en la Patagonia. Llegó a poseer más de 350.000 hectáreas de tierras en sus estancias de los partidos bonaerenses Dolores, Guido, Balcarce, Lobería y Bahía Blanca y también en Río Colorado. Por tanto, cuando se instaló en Mar del Plata era un hombre de fortuna. El enclave marítimo presentaba la salida al mar para la producción ganadera especializada en la cría del ganado lanar, pero también parecía el escenario propicio para un proyecto alternativo y complementario, la formación de una estación balnearia.

Posiblemente, conjeturamos, los balnearios situados en las riberas del golfo de Vizcaya, recordados de su infancia, lo estimularon. Biarritz y San Sebastián representaban una significación especial para los nacidos en el País Vasco<sup>34</sup>. ¿Hasta qué punto estaríamos ante una trasposición del modelo de Biarritz y San Sebastián a la Argentina? Muy posiblemente estos vascos que eligieron probar suerte en la Argentina, junto a otros integrantes de las clases altas, quisieron re-editar aquellos balnearios europeos en la pampa, al otro lado del océano. Y, en parte, lo lograron.

No olvidemos que Pedro Luro pertenecía a esa amplia comunidad de vascos que llegaron a la Argentina desde mediados del siglo XIX. Su instalación en Mar del Plata estimuló la de varios compatriotas que ensayaron una variedad de actividades y oficios. Algunos, como importantes propietarios rurales, ya estaban en la región (los estancieros Eusebio Zubiaurre, Agustín Muguerza, y Félix López Escribano). Comerciantes, empleados y pequeños empresarios desarrollaron sus actividades como almaceneros, carniceros, hoteleros, administradores de fondas, lecheros, tamberos y peones de estancia. Los mayordomos de las estancias de Luro eran todos vascos que diversificaron actividades en Mar del Plata. Así, familias enteras se instalaron en el poblado. Las mujeres trabajaban como mucamas y niñeras en las casas de familia y en los hoteles. Más adelante algunas de ellas ejercieron como maestras y educadoras. A este respecto, un indicador relevante del aporte vasco a la comunidad local lo constituye el origen de los intendentes. Entre 1883 y 1931 fueron 14 los jefes comuna-

---

<sup>34</sup> Roberto O. Cova, *Pedro Luro, Pionero de la Pampa*, Municipalidad de General Pueyrredon, Mar del Plata, 1966.

les. Entre ellos, Ovidio Zubiaurre, Félix Camet, Domingo Heguilor, Juan B. Goñi, Agustín Muguerza, Martín de Álzaga, Pedro Errecaborde, el Intendente de la Unión Cívica Radical Luciano Arrué en 1918 y el socialista Rufino Inda en los años veinte<sup>35</sup>.

Así, en los años ochenta, la belleza del paisaje marítimo y las necesidades de recreación de las clases altas transformaron el pequeño pueblo agropecuario en una estación de mar o balnearia. La llegada del ferrocarril en 1886, junto con la inauguración del Bristol Hotel dos años más tarde, tornó aquel refugio rural en el espacio propicio para el despliegue de estilos de vida específicamente urbanos. Había nacido ya el principal centro balneario de la Argentina y uno de los más importantes y famosos de toda la fachada meridional atlántica americana.

### 3. San Sebastián y Mar del Plata como productos turísticos

Situada en el norte de España, en la provincia vasca de Guipúzcoa y bañada por el mar Cantábrico, San Sebastián presenta importantes atractivos naturales. Entre los montes Igueldo y Ulía en la misma línea de costa y la propia isla de Santa Clara presidiendo la bahía, sobresalen sus tres arenales de Ondarreta, La Concha y la Zurriola, si bien es verdad que fue el segundo, La Concha, el que a lo largo del siglo XIX se constituyó en el destino favorito de esa minoría con recursos suficientes para costearse la toma de los baños de ola. La playa de La Concha alcanzó así fama nacional e incluso internacional por la finura de su arena, la calidad de sus aguas y la belleza del paisaje. Por su parte, Mar del Plata se alza a orillas del océano Atlántico del sur, sobre el extremo sudeste de la provincia de Buenos Aires. Sus treinta y nueve kilómetros de riberas presentan un rostro escarpado que quiebra la monotonía horizontal de la llanura pampeana. En esa porción litoral descienden al mar las sierras que integran el sistema serrano de Tandilla, modelando una fisonomía ondulada: las lomas de Santa Cecilia y Stella Maris. Dichas ondulaciones caen casi

---

<sup>35</sup> *Boletines Municipales*, Municipalidad de General Pueyrredón, varios años. Sobre el proceso migratorio, entre otros, véanse, Adriana Álvarez, *Historia del Centro Vasco De-nak-bat: Mar del Plata*, Gobierno Vasco, Vitoria, 2002; Fernando Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2002; y María L. da Orden, *Inmigración española, familia y movilidad social en la Argentina moderna. Una mirada desde Mar del Plata (1890-1930)*, Biblos, Buenos Aires, 2004.

a pico sobre el océano, dando lugar a tres puntas (Iglesia, Piedras y Cabo Corrientes), las cuales ayudaron a bosquejar las pequeñas bahías que delimitaron las primeras playas. Entre una porción de acantilados ubicados al norte y Punta Iglesia se formó la Playa La Perla; en la ensenada existente entre Punta Iglesia y Punta Piedras se ubican las playas Popular y Bristol. Luego, con el extremo de Cabo Corrientes, se localiza una ensenada abierta con lugares poco propicios para la acumulación de arenas: la playa de los Ingleses. Desde Cabo Corrientes hasta el puerto se emplaza una pequeña bahía, Playa Chica, que presenta una estribación desprendida hacia el mar, la cual limitó, junto a la escollera Norte, Playa Grande. Se extiende hacia el sur, por último, la bahía de Punta Mogotes, con densas dunas alrededor del faro, dando lugar a extensas playas. Más hacia el sur nos encontramos con nuevas bahías, continuadas por una costa acantilada y vertical. Esta topografía, suavemente quebrada, favorece la formación de ríos que recorren el suelo y desaguan en el Atlántico. El enclave costero se halla circundado, en un radio de veinte kilómetros, por sierras, lagunas, valles y el mar que, tranquilo o borrascoso, baña sus costas. Un paisaje ribereño donde el océano es acompañado por numerosos detalles naturales —rocas, médanos, pequeños ríos, acantilados— y otros que fueron construidos por el hombre —faros, caminos, conjuntos de eucaliptos y pinos—.

Dicha imagen algo romántica no es coincidente, sin embargo, con sus características climáticas, determinadas por su tendencia al frío con alternancias en las temperaturas y el ingreso de vientos marítimos del sudeste y este, por la ubicación angular de la ciudad. Es interesante destacar que estos rasgos ambientales y un clima preponderantemente fresco, propenso a los días nublados, neblinas y nieblas, muy ventoso la mayor parte del año (con especial incremento de vientos entre octubre y febrero), con fuertes cambios climáticos (sucesión de calor y frío) y con veranos extremadamente cortos, no representó ningún obstáculo y fue caracterizado positivamente, como un clima estimulante. El aire marino, la acción solar y el agua de mar representaron agentes «maravillosos» de recuperación física<sup>36</sup>. Sin duda, el ya mencionado predominio del paradigma higienista

---

<sup>36</sup> Véanse José M. Jorge y Jorge R. Dietsch, «Clima de Mar y Sanatorios Marítimos: Talasoterapia», en *La semana médica*, Sociedad de Beneficencia de Capital Federal, Buenos Aires, 1934; y Roberto Carrilo, «Mar del Plata tiene el clima de la cuna de las grandes civilizaciones», en *III Conferencia e Ministros de Salud Pública* (Mar del Plata, 1954), cit. por Roberto T. Barili, *Mar del Plata, ciudad de América para la humanidad*, Municipali-

hizo de Mar del Plata, lo mismo que de San Sebastián, dos destinos favoritos entre las elites económicas, políticas y sociales de sus respectivos países, Argentina y España.

Ahora bien, siendo importante estas condiciones naturales específicas de ambas ciudades, no debemos olvidar que el éxito de las mismas se basó en su conversión en productos turísticos. Impuesto el paradigma higienista y habiendo triunfado el mito en el sentido ya explicado por Michel Chadeffaud, con lo cual es posible hablar de la existencia de una demanda social, es necesario observar cómo dicho mito deriva en producto turístico. O lo que es lo mismo, se impone el analizar cómo San Sebastián y Mar del Plata se convirtieron en los destinos turísticos más importantes de sus respectivos países. Como ya se ha señalado, el mismo Chadeffaud señala que un producto turístico se articula sobre tres elementos, a saber: el alojamiento, el transporte y el ocio, teniendo en cuenta, por supuesto, las relaciones sistémicas existentes entre dichos elementos. De manera que, al analizar los casos de San Sebastián y Mar del Plata, habrá que tener en cuenta estos tres elementos, cómo interactúan entre sí y la complejidad de los procesos sociales que articulan todo el desarrollo, aspectos fundamentales en la obra de Chadeffaud.

En el caso de San Sebastián hay que señalar, en primer lugar, que para principios de los años sesenta del siglo XIX se vio la necesidad de llevar a cabo una importante reforma urbanística que implicaba el derribo de sus murallas militares y la erección en dichos terrenos y en los del barrio extramuros de San Martín de un ensanche. Éste fue concebido como una nueva población, unida a la parte vieja de la ciudad mediante un espacio ajardinado conocido como el Boulevard. En realidad, dicho espacio fue objeto en su momento de numerosas disputas que tuvieron que ver con el modelo económico de ciudad que se quería llevar a cabo. Mientras unos apostaban por una ciudad portuario-industrial, otros preferían centrarse en la actividad terciaria, donde los baños de mar podrían jugar un papel importante. La opción que salió adelante fue esta última, toda vez que se abrió la posibilidad de trasladar la actividad portuaria a Pasajes, localidad ubicada en las proximidades de la ciudad y unida con ella mediante el ferrocarril del Norte. Así pues, el ensanche fue trazado como un damero ortogonal, siguiendo el modelo de Barcelona, pero en pequeño, con calles

---

dad de General Pueyrredón, Mar del Plata, 1964, pp. 16-17. Para un análisis general del clima marplatense, véase VV.AA., *Mar del Plata y su región*, GAEA (Sociedad Argentina de Estudios Geográficos), Buenos Aires, 1984, pp. 159-174.

más amplias que las de la villa medieval y viviendas más lujosas y espaciosas, sobre todo, en el primer tramo del ensanche<sup>37</sup>.

Pues bien, este nuevo marco urbanístico puesto en marcha desde mediados de los sesenta, destinado fundamentalmente a las capas más acomodadas de la ciudad, surgieron nuevos hoteles. De hecho, algunos propietarios de hoteles de la ciudad vieja de San Sebastián decidieron vender sus antiguos locales para crear nuevos establecimientos en el ensanche. Fueron los casos, por ejemplo, del Hotel Ezcurra (1870) y del Hotel Bermejo (1884). Aunque los establecimientos más lujosos y elegantes respondieron en su mayoría a iniciativas de capital francés. Fueron el Hotel Continental (1884) y el Hotel de Inglaterra (1881), ambos frente a la playa de La Concha, edificados sobre anteriores hospederías más humildes y pensados para satisfacer las necesidades de una demanda más exigente. Otros hoteles también importantes y que se crearon en estos años y en el propio ensanche fueron el Hotel de Londres y el Hotel de Francia. Con la erección de todos estos nuevos hoteles queda claro que el turismo de elite se había desplazado definitivamente hacia el ensanche. Es cierto que en la parte vieja de la ciudad siguieron existiendo fondas y pensiones, pero, sin duda, su clientela era bien distinta<sup>38</sup>. Los «stars» y los turistas que frecuentaban San Sebastián difícilmente habrían de alojarse en tales establecimientos. Los nuevos hoteles, sin embargo, mucho más lujosos y con los diferentes adelantos de la época, respondían bien a las exigencias de una clientela tan selecta. En este sentido, el hotel más espectacular que se levantó en la capital donostiarra fue el María Cristina, el cual no abrió sus puertas hasta 1912. En realidad, impulsado por la sociedad «Fomento de San Sebastián»<sup>39</sup>, su erección respondió a toda una operación urbanística

---

<sup>37</sup> Para mayor profundización, véanse Carlos Larrinaga, «San Sebastián 1813-1900: la configuración urbanística de un modelo terciario», *Lurralde*, n.º 21, 1998, y «Turismo y ordenación urbana en San Sebastián desde mediados del siglo XIX a 1936», en José M.<sup>a</sup> Beascochea; Manuel González Portilla y Pedro Novo (eds.), *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Universidad del País Vasco y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Bilbao, 2005.

<sup>38</sup> Félix Luengo, *San Sebastián. La vida cotidiana de una ciudad. De su destrucción a la Ciudad Contemporánea*, Txertoa, San Sebastián, [2000], p. 71.

La verdad es que no contamos con un estudio en profundidad sobre la industria hotelera en San Sebastián durante estos años, lo que nos impide conocer el alcance real de las conexiones y de los intereses empresariales con otros sectores económicos.

<sup>39</sup> Esta sociedad anónima se había constituido en 1902 bajo el patrocinio del Ayuntamiento, preocupado por el impulsar el turismo y el veraneo en la ciudad. Así, su primer objetivo fue la explotación de la plaza de toros y la construcción de un teatro un hotel. Fue-

llevada a cabo en la desembocadura del río Urumea, en uno de los extremos del propio ensanche. Operación que consistió en el propio encauzamiento del río y en la construcción del hotel y del Teatro Victoria Eugenia, otro de los edificios más emblemáticos de la ciudad. Con este hotel, que estaría entre los más lujosos de la España del momento, y con el nuevo teatro y la propia urbanización de la zona la ciudad ganó un espacio especialmente importante para el desarrollo del turismo de alta calidad.

Ahora bien, en paralelo al planteamiento del ensanche, hay que señalar asimismo que la inauguración de la línea completa de ferrocarril entre Madrid e Irún tuvo lugar en San Sebastián en agosto de 1864. Con ello mejoró sensiblemente la comunicación con la capital de España y con las provincias castellanas. Ciertamente, la carretera general de coches a su paso por Guipúzcoa como sección del camino real que unía Madrid con Bayona había comenzado a construirse en los años sesenta del siglo XVIII. Curiosamente, dicho camino no pasaba por San Sebastián, lo que no fue óbice para que en la década de 1770 se hiciera un ramal para conectarla con la principal vía de comunicación de la provincia. Hubo que esperar, sin embargo, unas cuantas décadas, 1846, para que se erigiera una nueva carretera que, esta vez sí, tocara San Sebastián. Sin duda, esta obra supuso una mejora sensible en las comunicaciones con el interior del país, pero fue la construcción del ferrocarril el hito decisivo para impulsar los tráfico de personas entre el interior y la playa de San Sebastián. En este sentido, la aprobación de la ley general de Ferrocarriles de 1855 y la ley de Sociedades de Crédito de 1856 supusieron un impulso muy importante para la puesta en marcha del ferrocarril en España. Gracias en buena medida al capital francés, para 1864 quedó abierta, como ya se ha mencionado, la línea del Norte, la que unía Madrid con la frontera francesa. Sin duda, para la playa de San Sebastián la puesta en marcha de este nuevo medio de transporte fue de gran importancia, ya que mejoraron las comunicaciones entre la costa y el interior. Ahora bien, a pesar de la importan-

---

ron sus socios fundadores algunos de los miembros más destacados de la burguesía local, aunque las dificultades no tardaron en aparecer y en 1908 se cambiaron los estatutos, limitando su objeto social a la construcción de un teatro y un hotel, los futuros Teatro Victoria y Hotel María Cristina, ambos inaugurados en 1912 y símbolos no sólo de esa burguesía emprendedora, sino también de una clientela selecta que había hecho de San Sebastián un destino de excelencia dentro de la oferta turística española. Véase M.<sup>a</sup> Carmen Rodríguez Sorondo, *Arquitectura pública en la ciudad de San Sebastián (1813-1922)*, Grupo Dr. Camino de Historia donostiarra, San Sebastián, 1985, pp. 159 y ss., y C. Larrinaga, *Actividad económica...*, pp. 588-589.

cia del capital francés en el conjunto de la línea, el rol desempeñado por los accionistas guipuzcoanos para el trazado del ferrocarril de esta provincia fue decisivo. En este sentido, desde la Diputación y el Ayuntamiento, donde la burguesía local desempeñaba un papel fundamental, se apostó fuerte por la construcción de esta infraestructura con vistas a un impulso de sus negocios comerciales e industriales, lo cual, de paso, favoreció la llegada de veraneantes a la ciudad<sup>40</sup>.

Por último, el tercer elemento a tener en cuenta, según la propuesta de Chadefaud, sería el referido al ocio. Este aspecto no es en modo alguno baladí si nos atenemos a la advertencia recientemente formulada por Peter Borsay en el sentido de que sería probablemente un error separar las dos funciones que caracterizaron en estos años a las ciudades de aguas o balnearias, la de ser ciudades de necesidad con vistas a recuperar la salud perdida y la de ser ciudades de ocio<sup>41</sup>. Por eso, en el caso de San Sebastián no bastaba con poseer un plan urbanístico bien trazado, el ferrocarril o los distintos paseos (el de baños en la propia Concha, por ejemplo) y jardines. Era necesario algo más. A las veladas teatrales, a las corridas de toros o a los conciertos pronto se añadieron importantes novedades. En este sentido, no había estación balnearia que se preciara que no tuviera un casino. Aunque la primera iniciativa para su construcción data de 1866, en verdad hubo que esperar a 1880 para que se fundara la sociedad anónima «Casino de San Sebastián», encargada de llevar a cabo la obra en uno de los extremos de La Concha, posicionándose desde que abriera sus puertas en 1887 en uno de los mayores centros de animación de la ciudad turística<sup>42</sup>. El juego y los bailes que en él se celebraron se convirtieron, sin duda, en uno de los principales atractivos de San Sebastián, emulando así a su vecina Biarritz<sup>43</sup>.

A partir de esos años ochenta, consagrada San Sebastián como la capital del turismo de la España de la época, gracias en buena medida a la continuada presencia de la reina María Cristina, la oferta de ocio aumentó

---

<sup>40</sup> Alet Valero, «Chemin de fer et tourisme. L'exemple de Norte Principal», *Mélanges de la Casa Velázquez*, XXVII (3).

<sup>41</sup> P. Borsay, *op. cit.*, p. 17. Véase también Alain Corbin, *L'avènement des loisirs, 1850-1950*, Flammarion, Paris, 1995.

<sup>42</sup> C. Larrinaga, *Actividad económica...*, pp. 512-513.

<sup>43</sup> Alet Valero, «Saint-Sébastien: implantation tardive d'une balnéation de cour», en Yves Perret-Gentil; Alain Lottin et Jean-Pierre Poussou (dir.), *Les villes balnéaires d'Europe occidentale du XVIII<sup>e</sup> siècle à nos jours*, PUPS, Paris, 2008, p. 149.

considerablemente. Se trataba no sólo de entretener a los turistas, sino también de retenerlos cuanto más tiempo mejor. De ahí que toda iniciativa a este respecto fuera bienvenida. Así, en 1888 se inauguró el velódromo de Atocha, que venía a unirse a la plaza de toros existente en ese barrio desde 1876. Aunque, en verdad, fue al doblar el siglo xx cuando las iniciativas en este apartado se multiplicaron, acentuando aún más las características turísticas de la capital guipuzcoana. Por ejemplo, en 1903 se inauguró la nueva plaza de toros del Chofre, que vino a sustituir a la de Atocha, área que poco a poco se fue convirtiendo en una zona deportiva dotada no sólo de velódromo, sino también de campo de fútbol, frontón descubierto y frontón cubierto<sup>44</sup>. En el barrio de Loyola, por su parte, entró en funcionamiento en 1910 un parque de atracciones de tono aristocrático, oferta que venía a completarse con la existencia en la zona de una plaza de toros cubierta. Dos años más tarde, en el monte Igueldo se abrió un funicular y un casino-restaurant con su teatro, convirtiéndose muy pronto en una de las áreas de esparcimiento de la ciudad más concurridas. También desde principios de siglo se llevaron a cabo notables mejoras en el monte Ulía, inaugurándose en 1902 un tranvía y construyéndose un traspasador aéreo para facilitar su acceso y paseos en sus altos, que no tardarían en convertirse en un importante lugar de recreo de la ciudad<sup>45</sup>. Más aún, en 1916 se abrió al público el hipódromo de Lasarte, en 1922 empezó a funcionar un nuevo y elegante casino en la ciudad, el del Kur-saal, y en 1923 se abrió el circuito automovilístico de Lasarte<sup>46</sup>. Todo un elenco, por consiguiente, de iniciativas orientadas a la promoción de San Sebastián como ciudad turística y de ocio, sobre todo, después de que, tras los avances médicos de Pasteur y Koch, el paradigma higienista hubiera entrado en una grave crisis. En efecto, si a lo largo del siglo xix se había mantenido la esperanza de lo beneficiosas que eran las aguas y las brisas marinas, a principios del siglo xx este paradigma empezó a resquebrajarse. De hecho, si bien es verdad que los centros termales entraron en crisis, la situación en las localidades de playa fue distinta, en buena medida, gracias a una oferta de ocio cada vez más amplia y variada. En este

---

<sup>44</sup> Antonio Mendizabal, *José Goikoa, arquitecto, autor de San Sebastián*, Instituto Dr. Camino de Historia donostiarra, San Sebastián, 2003, p. 291.

<sup>45</sup> Laurentino Gómez Beldarrain, *San Sebastián. Historia de los parques de recreo a través de la tarjeta postal*, Viena Ediciones, Barcelona, 2005.

<sup>46</sup> Luis Castells, «La Bella Easo: 1864-1936», en Miguel Artola, *Historia de Donostia-San Sebastián*, Nerea, Hondarribia, pp. 334-337.



sentido, San Sebastián supo adaptarse bien a la nueva situación, ideando constantemente fórmulas para ampliar su oferta de ocio y para alargar la temporada de verano. El hecho de que las competiciones de regatas o las fiestas vascas se celebraran en septiembre respondió precisamente a este intento. Incluso, la presencia de Alfonso XIII y su afición al deporte debemos enmarcarlas en toda esta perspectiva que estamos comentando<sup>47</sup>.

En el caso de Mar del Plata las cosas fueron distintas, habida cuenta de que no existía una urbe previa como en el caso de San Sebastián. La ciudad se fue conformando al calor de la extensión de la villa balnearia. En efecto, en los años ochenta, la inauguración de la estación de ferrocarril, la instalación hotelera y la llegada de numerosos veraneantes que comenzaron a adquirir lotes para construir elegantes mansiones modificaron radicalmente el viejo paisaje rural. El ferrocarril fue casi la única forma de viaje hasta finales de los años treinta del siglo XX. Desde 1886, el viaje en tren, que resultaba bastante oneroso, incluía junto al desplazamiento de las familias con su personal de servicio, una multitud de enseres y, desde la década del diez, el traslado de los automóviles por carreteras de tierra. Los visitantes se preparaban para una larga temporada de alrededor de tres meses en la ciudad.

Centrándonos en el alojamiento, durante la primera etapa, el hospedaje fue esencialmente de gran lujo, preparado para la recepción de las elites. El ya mencionado Pedro Luro fue quien financió el Grand Hotel, una chata construcción de una sola planta que ocupaba una manzana que llegó a tener 110 habitaciones. En 1888 abrió sus puertas el Bristol Hotel y le siguieron el Hotel Saint James (1890) al sur, nunca terminado; el Hotel La Perla (1892) en las instalaciones de la rambla de madera de la denominada Sección Norte —luego barrio de La Perla—; el Hotel Royal (1907) y los hoteles Centenario (1910) y Saint James (de abajo) sobre la Playa de los Ingleses<sup>48</sup>.

Desde el principio el gerenciar almacenes, fondas y hoteles formó parte de las prácticas de inmigrantes vascos, si bien fueron actividades compartidas con empresarios de otras regiones españolas e italianos. Entre los vascos, destacamos, por ejemplo, las fondas *La Marina* de Pedro Luro, regentada por Pedro Goicochea, *La Vascongada* de Pedro Urrutia y *El Trinquete* y la *Casa Amueblada* de Miguel Urrutia. Más adelante los

---

<sup>47</sup> Valero, «Saint-Sébastien...», p. 162.

<sup>48</sup> Destacamos que las primeras fondas en el poblado fueron administradas por vascos. Véase A. Álvarez, *op. cit.*, p. 23.

hoteles *El Progreso* de Miguel Urrutia, *Unión Vascongada* de Lorenzo Echeverría y el Hotel *La Amistad* de Pedro Urrutia, *Ameztoy* de Manuel Ameztoy, *Famille* de los hermanos Dartiguelongue y el *Nogaró* de la familia homónima.

Los grandes hoteles de lujo constituyeron enormes edificios con salones de baile y juegos, muchas habitaciones, con alas especiales para alojar al personal de servicio y tres o cuatro comedores. La primitiva historia del centro turístico estuvo signada por la presencia del Hotel Bristol, máximo exponente de la percepción del gusto de lo más distinguido de aquella sociedad veraneante. La inauguración del hotel en enero de 1888 representó la puesta en la escena nacional de Mar del Plata de una opción veraniega para las clases altas argentinas. Su significado fue el de instalar en el imaginario un lugar acorde a sus homónimos europeos y celebrado con una fiesta presidida por el Vicepresidente de la Nación, Dr. Carlos Pellegrini, y personalidades políticas y sociales de la Argentina. El Hotel Bristol fue un enclave moderno en la desierta pampa. Rápidamente contó con energía eléctrica suministrada por una fábrica propia —el primer servicio eléctrico en Mar del Plata—, servicio más adelante extendido a los faroles de la Rambla, incorporando, para 1899, la telefonía. Entre los aproximadamente 250 empleados que formaban el personal del hotel se hallaban varios de origen vasco. Es el caso del administrador Pedro Mugaburu, que estuvo a cargo del hotel hasta 1918. El conocimiento de la lengua francesa facilitaba el acceso a este codiciado trabajo como *mâîtres*, mozos, mucamas, niñeras<sup>49</sup>.

Su emergencia puso en marcha el complejo proceso social de combinación de gustos y selecciones al configurar un escenario emblemático de la sociabilidad del ocio. También significó el punto de partida en la adopción de las elites argentinas de un ámbito veraniego que, a la vez de perdurar en el tiempo, cambiará el sentido de su origen al transformarse en la «Mar del Plata de todos» nacional.

Así, los diferentes ámbitos y el entramado de relaciones que se vinculan con la sociabilidad y el juego social marplatenses permiten apreciar a los historiadores sociales cómo ciertos rasgos identitarios de la futura ciudad turística de masas se anunciaron tempranamente. En efecto, la permanente distinción entre sus componentes expresada en la constante apelación al gusto se combinó y armonizó con una sostenida tendencia a la

---

<sup>49</sup> Entrevista a Jorge de la Plaza (nieto de P. Mugaburu), 2003.

homogeneización social. Es así que muy pronto y de forma vertiginosa el reducto exclusivo de la elite veraniega comenzó a mostrar fisuras. El proceso de distinciones que se puso en movimiento estuvo sostenido y motivado por el paso de un modelo de ocio aristocrático a otro democrático que implicó un complejo proceso de diferenciación e igualación social (en el sentido planteado por Pierre Bourdieu y Norbert Elias<sup>50</sup>). De ahí que el conjunto de los rasgos señalados de Mar del Plata hacen de ella un laboratorio social por excelencia, un espacio privilegiado para observar ciertas tendencias latentes tanto en la sociedad balnearia como en la permanente, manifestadas en la sociabilidad y el juego social<sup>51</sup>. Situación que en el caso de San Sebastián no se llegó a producir realmente, ni siquiera en tiempos del franquismo, cuando la práctica del turismo se popularizó. Es más, el propio Franco, al optar por San Sebastián como lugar de veraneo, no sólo emuló a la realeza, sino que siguió perpetuando a la capital guipuzcoana como lugar de distinción.

En Mar del Plata, durante los meses estivales, el Hotel Bristol se convirtió en el centro de la sociabilidad porteña, papel compartido con las viejas ramblas, aquellas plataformas de madera alineadas de forma paralela al mar, que posibilitaban el acceso de los paseantes a la playa. La vida social fue sumando una variedad de escenarios: las playas céntricas, las ramblas, las plazas, los hoteles y los clubes, entre los cuales los más frecuentados fueron el Pigeon Club, el Golf Club, el Ocean Club y el Club Mar del Plata. Las sucesivas comisiones de fomento y el selecto Club Mar del Plata, fundado en 1908, organizaron y canalizaron las iniciativas de la colectividad veraneante en aras del progreso y del engrandecimiento del reducto primitivo. El municipio estuvo gobernado por los llamados comisionados —11 entre 1903 y 1913 y en su mayoría hacendados—, que contaron con el apoyo del poder provincial y sumaron esfuerzos para dar forma a un escenario urbano mediante el trazado de plazas, paseos, ex-

---

<sup>50</sup> En referencia a estos rasgos, el sociólogo alemán Norbert Elias arguye que la modelación aristocrática-cortesana desemboca en algún modo en la burguesía profesional y se prosigue en ella. Encuentra esa impregnación intensa de clases más amplias con formas de comportamiento y modelaciones instintivas que originariamente eran peculiares de la sociedad cortesana. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y sicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, pp. 506-520. Véase, también, Pierre Bourdieu, *La distinción*, Taurus, Madrid, 1988.

<sup>51</sup> Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre, «Mar del Plata, un sueño de los Argentinos», en Fernando Devoto y Marta Madero (eds.), *Historia de la vida privada en la Argentina*. Taurus, Buenos Aires, 1999.

planadas, pavimentaciones, empedrados y espigones, además de la edificación de las villas y mansiones. Las antiguas ramblas de madera —que sucumbieron ante temporales e incendios— fueron suplantadas por la Rambla Bristol de estilo francés, inaugurada en enero de 1913. A no dudar, aquellas iniciativas particulares y estatales construyeron el espacio público para estas nuevas prácticas del ocio<sup>52</sup>.

El rasgo ascético de veranear, los valores curativos y saludables del mar y el aire marino rápidamente se combinaron con la «figuración» y el hedonismo. Estas formas fueron modelando una sociabilidad que identificó a la estación balnearia de entonces, armonizando los silvestres paseos con los juegos de ruleta, billares, paseos y bailes. Y haciendo prevalecer el significado frívolo sobre el curativo, lo que la revista «Caras y Caretas» caratuló como «la feria de las vanidades».<sup>53</sup> El derroche de lujo fue moneda corriente: se despertaron las emulaciones o la necesidad de figurar, así como la envidia desenfrenada entre las damas por la competencia en las ropas, por poseer una suntuosa villa en la Loma y por exhibirse en las pasarelas, las fiestas y los paseos por la Rambla<sup>54</sup>.

De forma tal que las jornadas de los veraneantes transcurrían entre comidas, paseos por la playa, las ramblas y los Jardines General Paz, las prácticas deportivas en el tiro a pichón, el golf, el ciclismo y el tenis. Numerosos bailes en hoteles y clubes, la ruleta y los juegos de cartas en las salas del Hotel Bristol y en febrero el que fue por esos años el principal evento de la temporada: el carnaval, que duraba una semana en la que los bailes y las veladas se multiplicaban. Muy pronto la presencia en la tem-

---

<sup>52</sup> «El Diario», 15 de febrero de 1908, edición especial sobre Mar del Plata. Véanse, entre otros, VV.AA., *Las viejas ramblas*, Fundación Boston, Buenos Aires, 1990; Roberto T. Barili, *op. cit.*, y VV.AA., *Mar del Plata, una historia urbana*, Fundación Boston, Buenos Aires, 1991.

<sup>53</sup> La Damaduende, «Nuestra tradicional Feria de las Vanidades». *Caras y Caretas*, febrero de 1923.

<sup>54</sup> Véanse María Rosa Oliver, *Mundo, mi casa*, Falbo Librero Editor, Buenos Aires, 1965; Busieú-Kurile, *La vida en Mar del Plata. Pinceladas realistas*, Buenos Aires, 1907; José M. Zorrilla, *Veraneo en Mar del Plata*, Buenos Aires, 1913; Eduardo Wilde, «De Mar del Plata» (enero de 1896), en *Por Mares y Sierras*, Obras Completas, t. XIV, Buenos Aires, 1946, pp. 165-176; y Martha Bonheur, *Volviendo al tema. «Figuración social»*, Juan Roldán, Buenos Aires, 1908. Sobre la sociabilidad en la segunda y tercera década del siglo XX, véase Elvira Aldao de Díaz, *Veraneos marplatenses*, Buenos Aires, 1923; Gimena Sáenz, «La “belle époque” en Mar del Plata», en *Todo es Historia*, n.º 45, Buenos Aires, 1971. Una visión crítica: Jaime Alfonso de Guzmán y Clarafuente, *Mar del Plata: el veneno de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1923.

porada marplatense se convirtió en una exigencia de la pertenencia a determinados círculos sociales, en una parte importante de las estrategias matrimoniales de esos sectores y en una señal clara del éxito social de los «nuevos ricos» que se incorporaban a las elites tradicionales. Sin embargo, y como ya se ha señalado, esta exclusividad no perduró. La corta trayectoria de la Rambla Francesa, inaugurada en 1913 y derribada en 1938-1939, antes de haberse consolidado, refleja muy a las claras lo muy rápido que la villa aristocrática fue recuerdo. La fuerte tendencia igualitaria de la Argentina tenía su correlato turístico en Mar del Plata, a donde llegaba cada año una mayor cantidad de visitantes, cada vez más alejados de las posiciones económicas encumbradas. Si la temporada 1886-1887 contó con 1.415 arribos, 44 años más tarde, en el verano de 1930-1931, la cifra ascendía a 65.000 turistas<sup>55</sup>.

La playa, el escenario diurno predilecto para el ocio, reflejó claramente estos cambios en el público. Hasta principios de siglo la palidez representaba una marca de distinción y las elites protegían la blancura de su piel con amplias vestimentas, sombrillas y sombreros, limitando su permanencia en las orillas, a las que concurrían a tomar vigorizantes pero breves baños. Para los años treinta, el estar bronceado paulatinamente como signo de estatus que visibilizaba las vacaciones a las que pocos tenían acceso. En paralelo, la llegada a las playas marplatenses se convirtió en un símbolo de ascenso social, plasmado en quienes podían «plantar» su sombrilla y poseer temporalmente una parcela de arena. Junto a ello, en la etapa de entreguerras, en la Argentina creció enormemente la compra de automóviles (multiplicándose por seis entre 1921 y 1931), convirtiéndola en el país con más automóviles de Latinoamérica. Dicha expansión se encuentra asociada a las prácticas recreativas y turísticas: los paseos en automóvil por la ciudad, las excursiones a los alrededores y los campings. El automovilismo fue introducido en la ciudad por sectores de las elites fascinados con la modernidad y los vehículos a motor. Agrupados en el Touring Club Argentino, organizaron hacia 1908 la primera carrera de automóviles y motocicletas<sup>56</sup>.

---

<sup>55</sup> La población urbana en 1914 era de 27.611 habitantes y, en 1938, de 62.914. En 1914, Mar del Plata recibía 28.300 pasajeros en tren; en la temporada 1926-1927, la cifra pasó a 59.721 y, diez años después, la cantidad de turistas que llegó por ese medio ascendió a 192.035. *MGP. Estadísticas municipales*.

<sup>56</sup> Melina Piglia, «La incidencia del Touring Club y del ACA en la construcción del turismo como cuestión pública (1918-1929)», en *Estudios y perspectivas del turismo*, v. 17

El juego en el casino, que desde muy temprano era uno de los atractivos principales de la villa balnearia, fue el otro de los escenarios del cambio. En 1889 el vasco Fermín Iza instaló el primer salón de juego de ruleta en una casilla de madera en la primitiva rambla. En paralelo a esa inicial experiencia, llegaron al balneario los empresarios Juan y José Lassalle que, asociados con Juan Etcheverría y Fermín Belloqui, abrieron el primer Casino en el Bristol Hotel. Según Enrique Alió, provenían de una familia vasca originaria de Olorón, y habían integrado la sociedad del «Gran Casino de San Sebastián», siendo entonces cuando entraron en relación con José Luro, de visita por aquella ciudad. Precisamente, debió ser Luro quien los instó a trasladarse a la Argentina<sup>57</sup>. De hecho, controlaron las actividades del juego, con la incorporación más adelante de salones en del Club Mar del Plata y el Club Pueyrredon, hasta finales de los años veinte. Así las cosas, los miembros de la elite concurrían al balneario con la expectativa de jugar pequeñas fortunas en salones cerrados al público local, amueblados con las mejores mesas y atendidos por *crupieres* franceses y españoles, en los que reinaba un ambiente mundano y relajado. A medida que comenzaron a arribar los nuevos visitantes, los salones debieron ampliarse o multiplicarse. De hecho, Manuel Fresco, gobernador de Buenos Aires entre 1936 y 1940, impulsó la edificación de un edificio propio para el casino. Inmenso, monumental, con amplias salas que alcanzasen para albergar a todos los que quisieran concurrir y más, porque el futuro se vislumbraba masivo<sup>58</sup>.

---

n.ºs 1-2, 208, p. 54, y *Automóviles, Turismo y carreteras como problemas públicos: los clubes de automovilistas y la configuración de las políticas turísticas y viales en la Argentina (1916-1943)*, Tesis Doctoral en Historia, Universidad de Buenos Aires, 2009, capítulo 6, «El turismo como política de Estado».

<sup>57</sup> Enrique Alió, *Historia Completa de esta Hermosa Ciudad Veraniega*, Buenos Aires, 1920, pp. 159-160. José Lassalle se convirtió en un personaje importante en la vida balnearia, hasta tal punto que la tercera rambla de madera lleva su nombre. Anualmente retornaba a San Sebastián y llevaba las novedades y modas europeas al balneario austral. Véanse, al respecto, A. Álvarez, *op. cit.*, pp. 41-51, y las Notas Sociales de los diarios *La Nación* y *La Prensa*.

<sup>58</sup> El Casino comprendía los edificios Anexo I de Mar del Plata (Club Mar del Plata) y Anexo II de Mar del Plata (Hotel Provincial) a partir de 1950. (Fuente: *Memorias contables de Lotería de Beneficencia Nacional y Casinos* entre 1944 y 1955). Véase también Marcelo Pedetta, «Los Casinos en la Costa Atlántica entre la Nación y la Provincia. Disputas por el botín, 1944-1950» en Claudio Panella (comp.), *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1952)*, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 2007. Para las transformaciones del balneario, véase Elisa Pastoriza, «Mar del Plata

En definitiva, ya en los años veinte el primitivo poblado rural había quedado atrás, dando paso a un centro urbano cada vez más denso y pujante. Las cifras, tanto de los habitantes estables como las de los visitantes, revelan un fuerte salto, también evidenciado en la vida política con el acceso en 1920 de los socialistas al gobierno del municipio. Este nuevo grupo dirigente, integrado por funcionarios que eran empleados y pequeños propietarios o comerciantes, no figuraba entre los grandes propietarios terratenientes como el sector político que había administrado el municipio hasta entonces, ni estaba vinculado a la elite provincial. Lo cual provocó la alarma entre los veraneantes, debido a que el aludido grupo político, si bien no objetó la existencia del balneario, sí cuestionó su carácter exclusivo. Fue entonces cuando comenzó a insinuarse la idea de que «el Biarritz argentino» debía abrirse a nuevos sectores sociales. Por eso, el nuevo gobierno municipal (1920-1929) extendió la propaganda del balneario y gravó fuertemente el juego, como forma de recaudar dinero destinado a obras de interés social (asistenciales y sanitarias). Semerjantes iniciativas generaron fuertes tensiones, que se agravaron cuando en 1927 el gobierno de Yrigoyen decretó la prohibición del Casino<sup>59</sup>. Evidentemente, el conjunto de estas tensiones configuraron el contexto en que se delineó un nuevo escenario urbano donde transitó una diferente ciudad turística.

En efecto, desde finales de los años veinte, y en consonancia con las transformaciones económicas y sociales, el selecto centro costero comenzó a recibir a nuevos visitantes, los cuales modificaron la sociabilidad veraniega. La confluencia de proyectos tanto públicos como provenientes de la sociedad civil posibilitó el acceso de otros sujetos sociales al goce del tiempo libre. Nuevas urbanizaciones, el diseño de caminos y la modernización de los transportes impactó en la historia de Mar del Plata. Las gestiones conservadoras alteraron sensiblemente el retrato tradicional —el configurado por la Playa Bristol, bordeada por la afrancesada Rambla Bristol, el Bristol Hotel y los jardines del Paseo General Paz—, instalando

---

en los años treinta: entre la regresión política y el progresismo social», en Julio César Melón Pirro y Elisa Pastoriza (eds.), *Los caminos de la democracia*, Biblos, Buenos Aires, 1997.

<sup>59</sup> María L. da Orden, «Los socialistas en el poder. Higienismo, consumo y cultura popular: continuidad y cambio en las intendencias de Mar del Plata, 1920-1929», en *Anuario del IEHS*, n.º 6, Tandil, 1991, pp. 267-282; y Elisa Pastoriza *et al.*, «Los socialistas en Mar del Plata». En *Revista Todo es Historia*, n.º 439, febrero de 2004.

el monumental edificio del Casino-Hotel Provincial rodeado por plazas de cemento. Estas administraciones convalidaron la cesión de la playa Bristol a los nuevos visitantes, a la par que los antiguos fueron ubicados en Playa Grande. De esta forma, paulatinamente, se fue produciendo cierta división espacial entre los distintos grupos de veraneantes; surgieron nuevos hábitos en relación con el baño, los paseos y los juegos; se construyeron otros tipos de hospedajes y aparecieron medios de transporte alternativos, como el automóvil y el ómnibus. También se atenuaron los largos veraneos y en su lugar se hicieron más frecuentes las estancias cortas, instalándose la moda del fin de semana o *weekend*.

En ese momento se sentaron las bases del turismo de masas, que se consolidó durante las décadas siguientes con el acceso al gobierno nacional del llamado primer peronismo. Mar del Plata, cada vez más heterogénea y plural, resultó ser un escenario privilegiado para visualizar estos cambios. A la par del notorio crecimiento del número de turistas, aumentaba la cantidad de hoteles y se desplegaba la edificación en altura. Por otra parte, las prácticas del ocio —junto a los mitos y sueños— eran nuevamente alteradas. Estos fueron los años del frenesí de «La Perla del Atlántico», los años del turismo social, del primer Festival de Cine o de la inauguración del complejo turístico Chapadmalal.

Con el peronismo llegó la consigna del turismo social, escoltada por las reivindicaciones del aguinaldo, las vacaciones y las jubilaciones. Se trataba de dar a los trabajadores la oportunidad de practicar actividades y conocer lugares que remitían a cierto prestigio social: el viaje en ómnibus, los paseos en barco, la caza, el cine, el acceso a los balnearios, etc. En ese sentido, «la conquista de Mar del Plata para los trabajadores» se convirtió en un rasgo central del mensaje del proyecto público, presentado con carácter nacional. En la playa se pregonaba «nuestra nacionalidad adquiere una cohesión que no siempre puede lograrse».

Los años cincuenta y sesenta constituyeron el inicio de la llegada masiva de las clases medias a los balnearios argentinos. El ritmo de un estribillo muy popular en aquellos años («A Mar del Plata yo me quiero ir» y su posterior «¡Qué lindo que es estar en Mar del Plata!») condensaba el deseo de millones de hombres y mujeres que en los días tórridos del verano porteño podían concretar el sueño de conocer el balneario. Retratado por *Siete Días* como «un hormiguelo cercano a la promiscuidad», «un campo de batalla donde siempre entra un bañista más», Mar del Plata se volvió escenario de las multitudes, en sucesión de imágenes asociadas al placer y a la seguridad de estar en un espacio compartido por todos. La



playa fue un ámbito de encuentro, de desnudez, de distinción — en la medida en que permitía un bronceado ostensible — y de liberación sexual<sup>60</sup>.

## Conclusiones

Como se ha podido observar a lo largo de estas páginas, existe, evidentemente, un conjunto de elementos en común entre los dos grandes centros balnearios de finales del siglo XIX y primeras décadas del XX de España y Argentina, entre San Sebastián y Mar del Plata. A pesar de que la primera era una ciudad con su propia estructura económica desde hacía tiempo, la invención del turismo pasó a constituir un sector importante dentro de esa diversificación económica que experimentó la ciudad desde los años setenta del siglo XIX. A la ciudad comercial, industrial y administrativa se añadía ahora la ciudad turística, convirtiéndose, gracias al favor de la casa real, en el centro balneario más sobresaliente del país. Por el contrario, Mar del Plata llegó a ser la importante ciudad que hoy día es gracias esencialmente al turismo, a las posibilidades que éste ofrecía según los expedientes clásicos del higienismo en vigor, aunque, como hemos comentado, la tardanza de su desarrollo hizo que aquél tuviera un peso inferior al caso de San Sebastián. Ambas localidades, en todo caso, se vieron favorecidas por la puesta en valor de las aguas frías del Atlántico, una circunstancia que había comenzado en Inglaterra, como ya se ha dicho, pero que fue extendiéndose por ambas orillas de dicho océano. Es más, hasta un cierto punto, si San Sebastián siempre se miró en el espejo de su vecina Biarritz, todo hace pensar que Mar del Plata lo hizo en estas dos ciudades, aunque también en las normandas Trouville y Deauville. Seguramente, el hecho de que Pedro Luro hubiese nacido en el Pays Basque y que posiblemente conociese en cierta medida las realidades de Biarritz y San Sebastián parece avalar nuestro planteamiento<sup>61</sup>. Tampoco resulta

---

<sup>60</sup> Para el período peronista, véanse Elisa Pastoriza, «Estado, gremios y hoteles. Mar del Plata y el peronismo». *Estudios Sociales. Revista Universidad Nacional del Litoral*, n.º 34, 2008, y «El turismo social en la Argentina durante el primer peronismo. Mar del Plata, la conquista de las vacaciones y los nuevos rituales obreros, 1943-1955», *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2008, <http://nuevomundo.revues.org//index36472.html>. Asimismo, véase Mónica Bartolucci, «La foto en “la Bristol”. Sociabilidad, circulación y consumo en la década de los sesenta en Mar del Plata», en G. Zuppa (ed.), *op. cit.*

<sup>61</sup> Asimismo, es muy importante la influencia vasca en la configuración de la ciudad balnearia de Necochea, ubicada a unos 80 kilómetros al sur de Mar del Plata, cuyo primer

desdeñable la circunstancia de que los primeros empresarios que se hicieron cargo del juego en Mar del Plata fueran vascos o descendientes. Todo parece indicar que pudo haber lo que podríamos denominar como una especie de conexión vasca a ambos lados del océano, algo, por otro lado, bastante verosímil si tenemos en cuenta la fuerte emigración que desde el País Vasco, tanto peninsular como continental, se produjo hacia ultramar en las décadas finales del siglo XIX e incluso principios del XX.

Por consiguiente, ambas localidades, San Sebastián y Mar del Plata, pertenecen a una generación tardía, en comparación con la costa británica, de centros balnearios surgidos al calor del paradigma higienista. Ambos surgieron como importantes centros de distinción, aunque su evolución fue muy distinta. En efecto, es cierto que, por ese proceso de capilarización del que habla Boyer, para los años veinte se observa en San Sebastián una mayor afluencia de personas, pertenecientes en buena medida a las clases medias, que, si bien no podían permitirse el lujo de pasarse dos o tres meses en una mansión o en un hotel de alta categoría, sí podían acceder a estar unos días en la playa en hoteles menos suntuosos. Pero de ahí a una popularización va un buen trecho. San Sebastián nunca fue un centro de veraneo para las clases bajas, más bien todo lo contrario. A diferencia de lo que sucedió en Argentina, donde primero los socialistas, luego los conservadores y, finalmente, los peronistas lograron hacer de Mar del Plata un escenario de democratización social, accesible a cuantas más capas sociales mejor, en San Sebastián semejante fenómeno no se dio. Ya se ha hecho alusión al caso de Franco, que, en vez de escoger un centro de veraneo del Mediterráneo, puestos en valor desde los años cincuenta, prefirió seguir pasando sus vacaciones en un centro de distinción como era San Sebastián. Entroncaba así con la práctica real del siglo XIX, reservándose el veraneo donostiarra para las clases más pudientes de la sociedad española. Para Mar del Plata la tendencia indeclinable fue popularizarse y convertirse en escenario de experimentación de los planes de turismo social del peronismo, que la convirtió en el Balneario Nacional y en una de las ciudades más importantes de la Argentina. Precisamente, en este punto se separaron los destinos de ambas ciudades balnearias. San Sebastián, más ligada a otras playas de distinción del norte de Francia, y Mar del Plata, un destino cada vez más popular en la Argentina.

---

diseño ribereño, hoteles y balnearios fueron realizados por inmigrantes vascos que emularon a San Sebastián. En este sentido, es interesante recordar que la región fue una de las más favorecidas por la inmigración procedente del Pays Basque.